

claridad

AÑO IX

SANTIAGO, 30 DICIEMBRE DE 1931

NUM. 139

El Presbítero

Vicuña nos habla de Rusia

Rusia— fragua de doctrinas— apasiona vitalmente a todos los hombres de mala y buena voluntad: a los que temen perder posiciones seculares y a los que sueñan con algo vagamente superior.

Ir a Rusia, con ánimo de hallarlo todo óptimo o todo desvalido es tarea al alcance de cualquiera. Sin ir muy lejos, es conocido el reciente caso del docto que estuvo tres días acurrucado en un hotel de Moscú y, a su retorno a Chile, se vació en folletos, en conferencias para damas y hasta en una pintoresca Liga contra el Comunismo.

Lo difícil no es hablar del problema ruso, sino comprenderlo. Es decir bucear, con impasibilidad científica, el espíritu que sopla y orienta ese fervoroso ensayo de perfección social.

Este fué el criterio que nos dirigió hacia el Presbítero don Alejandro Vicuña, recién llegado de Rusia y cuya inquietud por todo lo humano es bien conocida.

Nos puso en contacto Juan Gandulfo — hoy ya lejos para siempre — y pronto la charla dinamizada por el espíritu cordial y ágil del joven presbítero se deslizó a esa Rusia hirviente que ahorra constituye el imán de Europa y América.

¿Qué piensa usted— preguntamos— de la situación económica de la Rusia actual?

—Error trascendental, que vicia la mayor parte de las opiniones emitidas sobre Rusia, es considerar a ese país, como parte integrante del mundo occidental; Rusia no pertenece al Occidente ni al Oriente, siendo el punto geográfico, político, moral y social en que se funden ambas culturas, y constituyendo por lo tanto, una mezcla de las dos civilizaciones. Comparar, pues, a Rusia en su progreso económico o contexto social con los países occidentales, es tomar una posición falsa, de la cual deben proceder juicios incompletos y erróneos.

Para justipreciar a Rusia Soviética, sólo cabe un punto de comparación: la Rusia Zarista.

Para hablar del aspecto económico del país de los Soviets y precisar, es preciso, entonces recordar lo que era el país en tiempo de los Zares.

La primera mirada, a las multitudes que circulan por las calles de Leningrado, a Moscú, deja impresión de pobreza, pero no de miseria. No divisé a una sola persona con los pantalones planchados en las ciudades soviéticas, pero tampoco, vi a una sola persona descalza. Parece que el Régimen ha abatido a los de arriba, pero al mismo tiempo ha levantado un tanto a los de abajo. Si bien han desaparecido casi totalmente los agravios de la vida burguesa, en cambio, un mayor desahogo permite a la masa popular vestir, comer, reproducirse, y aun educarse, en condiciones más humanas.

En tiempo de los Zares, junto a la opulencia de los escogidos, se debatía el pueblo en medio de la miseria. El contraste desapareció, para castigo de unos pocos y beneficio de la inmensa mayoría.

¿Progreso o retroceso?

En todo caso, el espíritu cristiano e idealista, no puede lamentarse de tal fenómeno social.

La estadística, nos dice, que la producción industrial y agrícola de Rusia, ha aumentado en proporciones inesperadas. El Plan Quinquenal, cuyo solo enunciado, hizo sonreir despectivamente a los economistas europeos y americanos, marcha en forma más acelerada de la que calcularon sus propios autores: se realizará en cuatro años, en vez de cinco. Las previsiones de aumento en la producción no sólo han sido alcanzadas, sino superadas, en casi todas las ramas de la industria.

No me extraño de la desconfianza manifestada por los economistas burgueses, ante el Plan Quinquenal. Hacer un plan económico con varios años de anticipación no es posible en un país de régimen capitalista, cuyo desarrollo está sometido a las fuerzas, ciegas del mercado y la especulación. ¿Cómo determinar la cantidad de los diversos productos que deben ser fabricados?

Pero, lo que parece irrealizable en un país de régimen capitalista, es perfectamente posible bajo régimen soviético. Abolida la Propiedad individual, el conjunto económico depende del Estado, quien regulariza, entonces, la producción, de acuerdo con las necesidades del comercio o consumo.

Aunque ciertas ramas de la economía soviética no se encuentran totalmente socializadas, especialmente la agricultura, no obstante, la industria

socialista del Estado, como ser transportes, bancos, créditos, cooperativas, etc., etc., son otros tantos puntos de comando, que permiten controlar sistemáticamente las ramas no socializadas de la industria.

El nivel de los salarios en Rusia ha subido, de acuerdo con la prosperidad económica general. Molotov, en discurso pronunciado ante el Sexto Congreso de los Soviets, el 12 de Marzo de este año, dice textualmente: "El salario obrero (medio mensual) en la industria controlada ha pasado de 14 rublos a 80 rublos cuarenta céntimos, habiéndose sextuplicado. El rendimiento de un obrero medio mensual se ha quintuplicado". Esto ha sucedido en el espacio de 1921 a 1930.

La desocupación obrera, no existe en Rusia.

Frente a esta halagadora perspectiva de la economía soviética, cabe preguntarse: ¿Cuánto durará esta bonanza?

Mientras la industria rusa ha estado satisfaciendo las necesidades de 160.000.000 de hombres, que o no consumían antes los productos industriales o lo hacían en muy reducida escala, yo me explico el auge de esa industria con el bienestar obrero consiguiente. Pero una vez que los mercados se hallen copados, por exceso de producción, no se presentará en la tierra soviética el espejo de la crisis que amedrenta actualmente a los países capitalistas? Y entonces, adiós altos salarios y demanda de brazos.

Los economistas rusos se preparan para tal evento, anunciando desde luego que se disminuirán las horas de trabajo y sólo se permitirá trabajar a las personas mayores de veinte años y menores de cincuenta. Para el año 1938, calcular la jornada de seis horas y a partir de 1943, cinco horas solamente.

No tengo la suficiente preparación para calcular los efectos que tales medidas pueden acarrear sobre la capacidad consumidora de la población soviética. Abandono, pues, el problema.

¿Ve usted posibilidad de que el régimen implantado en Rusia se imponga en el resto del mundo?

En principio, juzgo que ni el capitalismo, ni el comunismo imperarán definitivamente sobre el mundo. La sociedad humana mira con horror las

sumario

Un capítulo inédito de Baldomero Lillo.

Los hijos ante la Legislación Soviética.

Don Luis Lagarrigue opina sobre la Reforma Universitaria.

Además colaboraciones de Manuel Rojas, González Vera, Santiago Ureta, Silva Espejo, Jorge Jiles, Bernardino Vila, etc.

Precio: 30 centavos

tendencias extremas, y con instinto maravilloso se desentiende, igualmente de las afirmaciones rotundas del capitalismo y las promesas tentadoras del comunismo.

De las tendencias antagónicas que aspiran a dominar, va formándose un sistema distinto de ambas, y que de ambas, toma sus principios. Inseparablemente el capitalismo marcha hacia el Comunismo, y el Comunismo retrocede hacia el Capitalismo, circunstancia que no obsta para que capitalistas y comunistas sigan odiándose y persiguiéndose con sus anatemas. Un sano eclecticismo impide a la sociedad a escoger lo útil y aprobable de las doctrinas que hasta hoy han aparecido como irreconciliables.

La política de los soviets al reconocer la necesidad de la moneda, las diversas remuneraciones del trabajo, la independencia de los hogares, etc., etc., vuelve hacia el odiado Capitalismo. A su vez, los países occidentales al implantar un control severo del capital y sus actividades, al racionalizar la producción y propender a una equitativa repartición de la riqueza, realizan en parte el programa y aspiraciones comunistas.

Por tal motivo no me alarma demasiado el progreso de las ideas soviéticas, porque ellas día a día se purifican de sus errores y se adaptan a las exigencias de la humana naturaleza. Si algún día triunfara el soviétismo en el Occidente, el mundo casi no se daría cuenta de su triunfo.

¿Me pregunta ahora sobre la posibilidad del Soviet en Chile?

Pero, si hace cinco años que vivimos en pleno Soviet, en un Soviet hipócrita, pero no por eso menos enérgico para estrujar el capital privado.

En Rusia, los bolcheviques, gastaron una franqueza que los honra, hasta cierto punto. Suprimieron la propiedad individual y echaron sobre sí toda la responsabilidad de su acción, o sea, aprocharon de las ventajas de la propiedad, pero al mismo tiempo afrontaron todos sus graves inconvenientes, como ser, dificultades de administración, peligros de crisis en la producción o sus precios, etc., etc.

En Chile, desde don Carlos, el Arremetedor, hasta don Juan Esteban, el Contemporizador, se ha procedido en forma más irritante. Se ha respetado la ilusión de la propiedad individual; se han dejado al esclavo propietario los cuidados y graves molestias de la administración de sus bienes, para estrujarlo después, y arrebatarle en forma de contribuciones exorbitantes todos los frutos de sus propiedades y esfuerzos. ¿Qué Soviet más ideal? El Estado toma las ventajas de la propiedad, sin preocuparse de su administración. El talento del Ministro Ramírez, absuelto hace poco por el Senado de la República, ideó esta nueva forma de Soviet, que ha arruinado las finanzas públicas y privadas. Nada puede hoy inspirar más commiseración que la situación de propietarios, industriales, comerciantes, reducidos a la última miseria.

¿Y para qué, tal saqueo de la fortuna privada en Chile, iniciado por la pasada dictadura?

En Rusia, se suprimió la propiedad para favorecer a las masas populares. Se empobreció a los ricos para mejorar a los pobres: hay siquiera un idealismo de parte de los atropelladores.

En Chile, se ha empobrecido a los ricos, no se ha enriquecido a los pobres, sino que el productor del saqueo tributario ha sido para formar una nueva clase privilegiada, la de los empleados públicos, dentro de la cual gozan de situación especial las instituciones policiales y armadas; hay formidable injusticia de parte de los atropelladores.

Chile, vive para los servidores públicos; es un fondo cuya administración cuesta más de lo que produce el fondo.

Ahora bien, si este Soviet hipócrita, de los empleados públicos, será reemplazado alguna vez por el Soviet franco del proletariado, con la socialización de la propiedad y los medios de producción, es problema de lejana solución. Siendo una gran parte de la riqueza chilena, propiedad americana o extranjera, claro está que un conato de socialización del salitre o el cobre significaría el envío de una escuadra yanqui a imponer respeto en esta colonia chilena. ¿Y entonces? Adiós Soviet y Comisarios.

Por esto, más probable que el advenimiento al poder de los Comisarios del pueblo, yo juzgo que seguiremos viviendo, bajo la tutela de los Comisarios de policía.

Muestrario de libros La política y otras cosas

CUATRO LIBROS DE LA EDITORIAL CENIT

Cenit, que lleva publicados tan hermosos libros, continúa dando a conocer en sus ediciones de "Novelistas nuevos" y "La novela proletaria", algunos de los mejores libros que se publican en el mundo. Entre éstos ha hecho verdaderos hallazgos, como *El delator*, de Liam O'Flaherty y *La risa negra*, de Sherwood Anderson, ofreciendo agradables sorpresas a sus lectores de Sudamérica, quienes, desviados de la gran corriente de la vida intelectual moderna, alimentan su curiosidad gracias a las editoriales que, como Cenit, difunden aquellos libros, traducidos, en esta parte del mundo.

Sus ediciones mejoran de día en día. Sus traducciones, serias, correctas, y su presentación tipográfica, un poco descuidada sin embargo, en cuanto a la impresión, en *Historia de la revolución rusa*, de Trotsky, son acogidas por el público intelectual y semi-intelectual, con interés y agrado.

Entre los libros últimamente publicados por esta casa, comentaremos hoy los siguientes:

Mujeres y frailes, novela, por J. Kallnikov. Dos temas, largos de leer y cuajados de personajes, densos de movimiento, humoristas a veces, entusiastas otros; pasan ante la mirada del lector como una cinta cinematográfica en que se desarrolla una extraña y cambiante epopeya. Y es en realidad una epopeya, la de Rusia, comprendida en el espacio de tiempo que se inicia con los albores de la revolución de 1905 y termina en plena transformación bolchevique.

La vida de un convento ruso y dos hombres dan base al novelista para trazar una historia que recuerda, por su amplitud, a algunos libros de Dickens o de Dostoyevsky.

Pero, más que nada, es esta novela, aparte de su valiosa exposición de la vida conventual rusa, muy de moda ahora entre nosotros a causa de la conferencia del presbítero Alejandro Vicuña, un libro de amor, de todo amor.

"Kallnikov es sin disputa" — ha dicho de él un crítico literario alemán — uno de los primeros novelistas eróticos, no sólo de Rusia, sino del mundo entero. En ninguna otra obra rusa vive la erótica del pueblo eslavo con la plasticidad y la desnudez que en ésta".

Pasajeros de tercera, novela, por Kurt Klaeber. Una muestra de la novela proletaria, calificativa que seguramente se merece pero que habría que discutir en general. El libro de Klaeber es un libro raro, fuera de lo común; parece una novela y es sólo un diálogo, intercalado de escenas que

podrían ser cómicas si no fueran tan profundamente tristes. Si el autor ha querido mortificar el ánimo del lector, presentándole ese cortejo de fantasmas sin belleza alguna, sin espíritu, verdaderamente animales, lo ha conseguido. Si no lo ha pretendido, también lo ha conseguido. Quizás sea ese su mejor mérito literario. Pero muy poca gente le agradecerá su sombría visión. Uno quisiera recoger algo más de esos *Pasajeros de tercera*, pero es imposible. Hay lo que hay y nada más.

El autor no ha querido agregar nada de su parte, de su alma. Ha fotografiado y la fotografía ha salido exacta. Literariamente, está bien. Pero...

Hija de la tierra, novela, por Agnes Smedley.

Un delicioso libro, que empieza como novela y que quiere finalizar como autobiografía. Una novela americana, con poca poesía pero muy llena de sugerencias de carácter psicológico. Es, al mismo tiempo, una novela social y una novela sexual, más interesante bajo este último aspecto que bajo el primero. Si el libro fuera una autobiografía, podría compararse con *Mi vida*, de Isadora Duncan, también editado por Cenit, sin que en la comparación perdiera nada, pues si el libro de Isadora Duncan es apreciable por su alto espíritu de verdad y encantador por su carácter artístico, el de Agnes Smedley lo es por su fina psicología sexual y su orientación social. En suma, un libro muy bueno, muy americano y muy femenino.

Hotel América, novela, por María Leitner. Otra novela proletaria. ¿Por qué las novelas proletarias no son en realidad novelas, por lo menos estas dos que comentamos aquí? Es cierto que muchas otras, como *El cemento*, de Gladkov; *Judíos sin dinero*, de Michael Gold; *Sobre el Don apacible*, de Cholokhov, lo son, y algunas muy hermosas, como la primera de las nombradas, pero otras, como las de que se trata, no. El libro de Klaeber no es una novela, según el concepto clásico que de tal género se tiene, sino un diálogo escenificado; el de María Leitner tampoco: es un panorama, una cinta lenta, descriptiva. La vida de un gran hotel ocupa las páginas de este libro. La descripción es agradable e interesa y los personajes se mueven con discreción en el paisaje del *Hotel América*. No hay trama ni desenlace, heroínas ni héroes. Todo pasa, dejando en la retina del lector la figura de un alto edificio, dentro del cual algunos seres se mueven.

MANUEL ROJAS.

Las bibliotecas chilenas

Sostiene don Pío Baroja, en la Caverna del Humorismo, que, durante el insomnio, el espíritu no es sacudido por ningún producto ideológico, y, termina exclamando — como el godo sabe hacerlo — que no hay nada más estúpido que el insomnio!

Valga la cita, como punto de partida de las líneas que iremos pergeñando. Es el caso, que, el insomnio, esa forma de vigilia forzada, martirizante y seca, nos ha dado la ocasión de pensar — contrariamente a lo que cree el humorista — en los sistemas bibliotecarios; con lo cual conseguiremos tres finalidades inmediatas: sea la primera, dar que hacer al linógrafo, cumpla la segunda con el fin gimnástico de estirar la pélvica, y ojalá que la tercera fuese fijar la atención de los curiosos, siquiera por un cuarto de hora, en lo que debe estimarse por función social de las bibliotecas.

Las instituciones que nos ocupan, asientan su finalidad en el siguiente sofisma: el lector debe buscar el libro dentro del anaquele bibliotecario; cuando lo racional es que el libro salga de la vieja alacena y corra al encuentro del lector.

Lo que dejamos establecido, podrá sonar a juego de palabras, a los que no tengan referencias de lo que se hace actualmente, en este terreno, en las ciudades más progresistas del mundo, donde la función social de la biblioteca, se orienta a la caza del lector, a impresionarle, a incitarle al estudio, por los medios más variados e inteligentes. Así, por ejemplo, es muy corriente en los restaurantes de Nueva York, que el parroquiano pueda imponerse de las novedades literarias, leyendo el dorso del menú, donde se consignan las obras que acaban de aparecer, con su leyenda alusiva al interés de éstas; para llenar idéntica misión, los directores de bibliotecas imprimen afiches y carteles murales y pregan en las estaciones de radiotelefonía la importancia espiritual de leer.

Qué decir de algunos pueblos orientales, donde el transeunte ve cruzar por las calles, a menudo, carritos tirados por ágiles conductores humanos, y cuya carga la constituye un montón de libros del más variado linaje: junto al gordo diccionario, va la novela por entrega, y junto al libro de cuentos, corre un breviario científico, y entremezclados, en una hermandad rutilante, lucen las tapas de los libros infantiles y las ediciones incunables de los poetas eternos.

En suma: las viejas culturas, comprendieron a tiempo el absurdo de que el lector vaya en busca del libro; y las grandes culturas de cuño nuevo, también aceptan como verdad inconcusa, que los habitantes de una localidad cualquiera, deben disponer, cuando y como lo deseen, de la satisfac-

ción de tener entre sus manos curiosas un volumen de interés, sin trabas económicas, sin verse precisados a salvar los óbices que la burocracia, con su larga cola de trámites, va levantando entre la fuente informativa y la masa lectora.

Por lo que hace a nuestro país, debemos declararlo, que detentamos el record de la falta de lectura bibliotecaria entre los países grandes de la América del Sur, no por falta de volúmenes, que los hay en buena copia, sino por la ausencia de medios de propaganda inteligente, por la vida oficinesca a que se entregan sus directores, que los hace andar con el mismo tren de inercia de sus abuelos, y temen a la innovación, que aparece siempre ante sus ojos valetudinarios, como la pesadilla colorada de malquistarse la voluntad de los gobernantes, y perder sus posiciones ganadas en fuerza del adulto transformado en sistema de abordaje.

En otros términos, la biblioteca chilena no ha llenado, ni con mucho, el rol vital que debiera haber cumplido en el campo de la cultura pública, pues, que se ha limitado a apilar y clasificar, más o menos defectuosamente, rímeros de volúmenes, sin que ese material haya adquirido significación social y penetrado, como corriente de aire, en la masa popular.

El argumento básico en contra de la excusión amplia del libro al domicilio, sin las trabas actuales, es que el pueblo chileno, carece del respeto por la propiedad privada, y se incauta de los ejemplares. Pero, me pregunto: ¿puede esgrimirse como razón de peso que se pierdan unos cuantos volúmenes, cuando ayer no más un Ministro-Orates, por dar salida a un impulso, más patológico que deportivo, hizo destruir un edificio de biblioteca, entre la noche y la madrugada, con cartuchos de dinamita, y el material de libros se desperdigó sin orden ni concierto?

Por último, todos los volúmenes que actualmente duermen su siesta en los anaqueles, deben estirarse perdidos e inútiles, mientras no entren a circular por la entraña popular como globo vital y coruscante.

Debemos agregar, todavía, que, el actual sistema bibliotecario criollo, no ha servido más que de refugio a los estudiantes imberbes, que, por escapar de ese verdadero suplicio del rollo, constituido por el liceo, llegan hasta las salas temperadas de la Biblioteca Nacional, buscando un sitio de cordial esparcimiento para hacer una buena "chancha".

Mientras el actual rodaje, no cambie desde su

Nada es más sugerente que el panorama político de este país en los días que corremos.

Los partidos han recobrado su potencialidad perdida en los negros días de la Dictadura; sus dirigentes, los mismos que aquella desplazó al principio y domesticó en seguida, han subido al primer plano de las influencias y las inseguras; nuevos organismos han nacido a decenas, como las callampas después de las lluvias otoñales; La Democracia, en suma, ha renacido de entre los escombros de esta nación envilecida, oprimida y desangrada por cinco o más años de régimen cuartelero.

Los corazones patriotas se han henchido de gozo, porque los organismos constitucionales y legales, han recobrado el pleno ejercicio de su potestad y porque el Gobierno se ejercerá de acuerdo con el sentir de las grandes corrientes de opinión, los partidos políticos que son como la síntesis orgánica de la soberanía popular.

Por lo menos ésta es la tesis.

¿Qué tenemos, en cambio, como realidad? La demostración más palmaria del sofisma de la Democracia.

Los partidos tienen programas, algunos que pretenden de avanzados, como el Radical, que proclamó la "expropiación de las tierras por su justo precio"; y tienen también dirigentes que deben servir el programa y procurar su cumplimiento. Pues bien, para no desmentir la grandeza de los principios de la "democracia", los programas se dejan siempre en el desván y los dirigentes escalan los más altos puestos.

La política, el arte de gobernar al pueblo para su mayor facilidad y bienestar, se convierte en la argucia para mantenerse en los puestos ostentosos, a trueque de las más vergonzosas transacciones, con los grandes explotadores de las clases asalariadas.

Políticos radicales en contubernio con los clérigos, presentaron al Congreso un proyecto de ley oprobioso contra la libertad, principio fundamental de sus programas partidistas, porque en el fondo no son más que un matiz de la mentalidad capitalista, dispuesta hoy, como siempre, a la persecución despiadada de los que piensan en la liberación económica, como base única de la dignificación de la personalidad humana.

El Congreso, siempre dispuesto a recibir los mandatos de los amos, deroga la ley que impone contribuciones a las grandes fortunas y ningún organismo político protesta de esta iniquidad que va contra toda razón y justicia, aún en un régimen de Gobierno Conservador, medianamente prudente.

Todos, conservadores, liberales, radicales y Cía., en nombre de vagas conveniencias nacionales, proclaman la unión de todas las gentes, el afianzamiento de la civilidad, la reconstrucción de la democracia, la unión de la familia chilena; y todo esto en la práctica se traduce en la consolidación de los más irritantes privilegios alcanzados durante la dictadura y afianzados con el advenimiento del actual Gobierno oligárquico, genéticamente reaccionario.

Proclamar la unión, combatir el espíritu de crítica, no es otra cosa que mantener tal cual están las situaciones alcanzadas durante el Gobierno de Ibáñez.

En cambio, cualquier grupo político, aunque no fuera de los extremos y aunque se quedara con una mezquina doctrina nacionalista, tendría que proclamar como una bandera de salvación, ante la vida miserable de todo un pueblo en desunión, el combate tenaz e implacable contra los privilegios que el régimen pasado y el actual han afianzado en pugna con los intereses nacionales.

Para esta gente, la civilidad y la democracia, no es otra cosa que, unas cuantas representaciones en el Parlamento o en el Gobierno y otros tantos puestos en la Administración.

La entrega total de las riquezas del suelo y subsuelo nacionales, la dependencia financiera de potencias extranjeras; las contribuciones que gravan al consumidor, vale decir, al pobre; las leyes que liberan de impuesto a las grandes fortunas; la especulación con los artículos de primera necesidad, con el consiguiente encarecimiento de la vida; la cesantía que aumenta, para que el comerciante y el industrial extranjeros, puedan obtener siempre utilidades usurarias; la enorme carga de las fuerzas armadas, etc., etc., son materias que producirían la desunión de la familia chilena.

Necesariamente, en estos terrenos, tendrían que formarse dos bandos: los que estrujan, que son los que gobiernan en la actualidad y los estrujados, que son los gobernados.

Los voceros de los partidos les aconsejan a estos últimos que soporten con resignación su noble misión de estrujados, para mantener la civilidad y afianzar la Democracia.

Formemos en las filas de los estrujados y pue-
da ser que así, algún día, nos convirtamos en es-
trujadores.

PIO QUINTO.

Juan

EL HACENDADO

Ninguna palabra, ningún llanto, podría expresar lo que hemos sentido y lo que sentimos. Toda manifestación externa de nuestro sentimiento nos parece fría y pobre.

Su muerte ha levantado en nosotros, sus amigos y camaradas, un tumulto de sensaciones que sólo podemos concretar diciendo: Juan Gandulfo ha muerto.

Tristes y vulgares palabras, pero sobrecogedoras, porque ellas, mejor que otras, nos dicen una verdad que no podemos negar ni discutir y que, como a la muerte, tenemos que aceptar.

Aceptada está esa verdad y tristes estamos. Todo lo que constituía a Juan Gandulfo, en el sentido que nosotros amábamos, ha desaparecido. Lo que costó años para formarse, se ha desvanecido en un segundo: inteligencia, carácter, sabiduría.

Pero no queremos hacer su apología ni su elogio, tristes cosas. Sólo queremos expresar algo que resulta inútil decir: el sentimiento que su muerte causa entre nosotros, escritores, obreros, médicos, hombres que fuimos sus amigos y sus camaradas de muchos años.

hambre

La reciente aventura de Copiapó y Valparaíso, es sólo una irrupción subconsciente de la desesperación popular. El pueblo, merced a cuyo esfuerzo se ha enriquecido el capitalista extranjero, y se ha mantenido nuestra casta militar y burocrática, se ve hoy obligado a comer el pan amargo de la mendicidad. Está hacinado en los albergues en condiciones sub-humanas, cuando al lado mismo de las ciudades, el verdor de los campos vacíos, invita a la ocupación y al trabajo. Sus hijos sufren de hambre o de mala alimentación, en tanto que los especuladores en artículos alimenticios, medran como en sus mejores tiempos. Sus faltas se castigan con ejemplar brutalidad, mientras se concede una absolución sistemática a los culpables más cercanos de la ruina colectiva. Estos son los hechos que hieren profundamente el alma popular y causan estos ciegos estallidos, cuyo carácter irreflexivo, demuestra la intensidad de la desesperación que los produce. La clase dominante puede atribuirlos a causas ideológicas, para justificar así sus deseos de política represiva y reaccionaria, pero nada ha de acallar la elocuencia terrible de una realidad de hambre y de humillación.

Ahora, para hablar de cualquier asunto económico, es de buen gusto referirse al capitalismo yanqui o al inglés. Yo propondría, además, la mención del capitalismo extranjero y del nacional. Así estaremos como el viajero que se apoya en los cuatro puntos cardinales para dirigir sus pasos.

En Sudamérica esta clasificación serviría para todos los hechos económicos.

La primera aplicación calza perfectamente a Chile, porque el salitre, el cobre y la fuerza hidráulica pertenecen a los yanquis. Los teléfonos y el comercio mayorista están bajo la mano inglesa, y las pocas industrias existentes, son obra de extranjeros de toda la diáspora.

El chileno pobre es obrero o empleado. El chileno rico es terrateniente, y lo ha sido en el curso de muchas generaciones porque la agricultura fué la primera industria colonial. Hacía trabajar sus tierras el conquistador español con la mano de las mujeres indias. Los indios hábiles para la guerra, estaban más allá del Biobío y, en sus retiradas sucesivas, iban dejando a las pobres mujeres.

Esa misma mujer india, es la madre de generaciones de trabajadores, de los trabajadores que hoy están padeciendo el hambre de la cesantía, y que están bajando a la barbarie.

Nuestro aristócrata por excelencia, el terrícola, no ha sentido sino por lapsos, algún entusiasmo minero, industrial o comercial. Su fuerte ha sido siempre la tierra.

Ese desapego, clara prueba de incapacidad, prejuicio y ausencia de visión financiera, ha facilitado la extranjerización de la industria, la minería y el comercio. Y no se justifica su indiferencia por motivo alguno ya que ni siquiera lleva personalmente la dirección de su hacienda. En el campo chileno todo languidece por el ausentismo.

La función del terrateniente es mantener al país con llave. Vive en la capital, es socio del Club de la Unión, miembro del Congreso, hermano de la Congregación Mariana y burocrata, si puede. Viviendo en el centro de la gestión política, domina al país entero, desvía los gravámenes, vende sus productos en condiciones fantásticas, impide la división de la propiedad y está siempre en guardia contra las fuerzas nuevas.

Su influencia es tan decisiva y tan dominante, que la píquis colectiva, es trasunto de la suya propia: es astuto, juzga a los demás, no por lo que dicen o hacen, sino por una segunda intención cuya existencia es para él evidente. Es limitado de imaginación, contrario a todo idealismo y tiene un sentimiento cínico de la vida. Si puede deslizar en los sacos de cereales unos cuantos ladrillos, lo hace, y siente por ello casi un placer griego. Los espíritus rectilíneos que llegan a florecer en su medio, son segados implacablemente. Prefiere el camino ondulado.

Considera al Estado, como un instrumento para aumentar su propio bienestar y tener sujeto al inquilinaje. A sus inquilinos los somete a un nivel de vida deplorable, que los anula como consumidores. Así domina.

No es religioso, pero apoya la religión porque la considera un freno para el pueblo.

La historia de Chile, desde la Independencia hasta estos tristes días, es la historia del sojuzgamiento.

LAS BIBLIOTECAS CHILEÑAS

(Conclusión)

enjundia, no podemos esperar otra cosa de provecho de los establecimientos que nos ocupan, en el terreno social, que, algunas charlas y conferencias recalentadas, traídas de cuando en cuando de los cabellos, para simular trabajo y ocultar al grueso público la inercia que anima a los que viven en torno de los anaqueles, cuidando que no se pierda ningún volumen, sin que les importe un bledo la multitud detenida frente a la escalinata del edificio, porque los modernos sacerdotes de la burocracia, no comprenden, ni podrán comprenderlo nunca, que no basta una casa suntuosa y un tren recargado de trámites y buenos tarjetarios, si no es arrojado el libro sistóticamente a la calle, para que la masa popular lo conozca y lo estudie. Si la Biblioteca pretendiera llenar alguna vez su cometido social trascendente, debería seguir el procedimiento del pregonero que atraviesa la ciudad gritando de voz en cuello su mercaduría, o de la gran firma industrial, que, para introducir un nuevo producto en el mercado, inunda los casilleros del Correo con circulares, o estremece la antena radiotelefónica, anunciando las bondades del artículo novedoso.

EUGENIO SILVA ESPEJO.

miento del espíritu ciudadano por el espíritu campesino. Bilbao, Francisco Bilbao, a pesar de su raigambre colonial, tan luego como inició la publicación de sus Boletines del Espíritu y de su artículo sobre Sociabilidad Chilena, tuvo que sufrir prisión y acabó sus días en el destierro, allá en Buenos Aires.

El Presidente Balmaceda, hombre de una línea, tirano ilustrado e idealista, levantó el nivel de vida de los trabajadores, realizando un vasto plan de construcciones. Los hacendados no le perdonaron nunca que elevara los salarios, y con los banqueros y los curas le hicieron la revolución y lo obligaron a suicidarse. En el repudio que más tarde se ha hecho de Alessandri, actúa el mismo motivo y la desemejanza que hay entre él y el político standard de nuestro medio.

Casi toda la red de ferrovías ha sido construida para valorizar las grandes haciendas. Es cierto que en esto es idéntico el latifundista de todas partes. Cuenta Blasco Ibáñez, que en Turquía los caminos de hierro casualmente pasan bordeando los grandes fundos. En nuestro sur, en la época en que Domingo Durán y Pedro Godoy hicieron el trazado del ferrocarril de Púa a Traiguén, un hacendado de la vecindad, deseoso de que este pase por su propiedad, durante las noches, con la ayuda de sus huasos, arrancaba uno y dos kilómetros de estacas porque la orientación del trazado no era de su agrado.

Fuera de hacerse construir caminos y ferrovías, el hacendado protege lo suyo y lo incrementa de todas las maneras posibles. En mil novecientos cinco, hizo dictar un impuesto al ganado argentino, para acaparar este abastecimiento. El pueblo se subleva en Santiago y, como siempre es fusilado en las calles. El hacendado llega a controlar todos los elementos de la alimentación popular.

La idea de construir un ferrocarril de Antofagasta a Salta es una vieja idea de los nortinos; pero el hacendado le hizo la guerra en todas las legislaturas, la combatió en la prensa, y trató de ahogarla con todos los medios de su poderosa organización. Ha sido necesario que se alzaran los pueblos del norte, que boicotearan la producción del sur y que izaran banderas separatistas para que se les oyese, y no se les dejara morir de asfixia. El hacendado sólo ve en torno de su vien-

tre. Podría creerse que por disponer de todos los elementos productores de riqueza, se considera ligado a sus semejantes, se interesa por su elevación y desarrollo social, sería un error creerlo. Todavía en algunas haciendas, rige el salario de cincuenta centavos diarios.

El campo chileno es, en este sentido, inhospitable. No deja vivir al pobre y sí se le consiente es en un estado de semi esclavitud. Treinta mil chilenos se han ido a pastorear ganado a la Patagonia Argentina, más de sesenta mil, viven en Mendoza, y en el Neuquén hay por cada argentino dos chilenos. El ausentismo de los pobres es cuestión de vida o muerte.

Resulta inútil que en Santiago, establezcan nuevas industrias porque la falta de consumidores las condena a temprana anemia. El campesino, el inquilino no tiene dinero para comprar. Para él no son los diarios, los libros, los muebles, la música ni casi ninguno de los productos de la industria y la cultura. El hacendado lo condena a vivir vegetativamente. Y sin embargo son los campesinos casi las tres cuartas partes de la población.

Fuera del ausentismo, se ha visto el gañán campesino compelido al abigeato, para ir viviendo un día y otro; pero el hacendado, más poderoso que él, creó el cuerpo de Carabineros, y con este, liquidó a los recalcitrantes y la opresión volvió a tener su maraña sobre la hirsuta personalidad del peón y del inquilino.

Esta fuerza incontrarrestable, que ha obtenido que su manera de apreciar los hechos sea elevada al rango de filosofía nacional, y que no deja hacer sino lo que le conviene, es, como administradora de la tierra, una fuerza negativa e incompetente. Tiene el dominio de la tierra, pero sobre ésta, ha contratado hipotecas sobre hipotecas, adelantos sobre cosechas, préstamos sobre cada cabeza de ganado, préstamos sobre la maquinaria y los enseres, préstamos sobre la quesería y lechería, préstamos sobre los árboles frutales, préstamos sobre las casas del fondo, y ha contraído con la representación que le da la posesión de la tierra, innumerables deudas en el comercio, en las fábricas y en todas partes, de tal manera que si un fondo se remata por el mínimo de doscientos mil pesos, deducidas todas las deudas, sólo en contadísimos casos queda para el propietario una suma aproximada a diez mil pesos.

GONZALEZ VERA.

El número próximo de Claridad aparecerá el 14 de Enero

IMÁGENES

I

UN DIA, EN KHARKOV, EN UN BARRIO POPULAR,
(¡OH, ESTA RUSIA MERIDIONAL EN QUE TODAS LAS MUJERES
CON SU CHAL BLANCO EN LA CABEZA SE ASEMEJAN A MADONAS!)
VI UNA MUJER JOVEN QUE VOLVIA DE LA FUENTE
LLEVANDO, COMO ALLI ES USANZA, Y COMO EN TIEMPO DE OVIDIO,
DOS CANTAROS SUSPENDIDOS EN LOS EXTREMOS DE UNA CAÑA
BALANCEANDOLOS SOBRE EL CUELLO Y LAS ESPALDAS.
Y VI UN NIÑO MENDIGO ACERCARSE A ELLA Y HABLARLE.
Y ELLA, INCLINANDO SU CUERPO AMABLEMENTE,
HIZO QUE EL CANTARO LLENO DE AGUA EL SUELO TOCARA
HASTA ALCANZAR LOS LABIOS DEL NIÑO QUE HABIASE ARRODILLADO
[PARA BEBER.

II

UNA MAÑANA, EN ROTTERDAM SOBRE EL MUELLE DE BOOMPJES,
(ERA EL 18 DE SEPTIEMBRE DE 1900, CERCA DE LAS OCHO)
ESTUVE SPIANDO DOS NIÑAS QUE SE IBAN A SUS TALLERES;
FRENTE A UNO DE LOS INMENSOS PUENTES DE ACERO SE DESPIDIERON
PORQUE ERAN DISTINTOS SUS CAMINOS.
SE ABRAZARON TIERNAMENTE; SUS MANOS TREMULAS
QUERIAN Y NO QUERIAN SEPARARSE; SUS BOCAS
SE APARTABAN DOLOROSAMENTE PARA APRETARSE DE NUEVO
MIENTRAS SUS OJOS SE CONTEMPLABAN, FIJOS...
ASI ESTUVIERON UN AMPLIO INSTANTE, COMO ANUDADAS,
DE PIE E INMOVILES, ENTRE LOS TRANSEUNTES AFANADOS,
MIENTRAS LOS REMOLCADORES TREPIDABAN EN EL RIO
Y SE ESCURRIAN LOS TRENES, SILBANDO, POR LOS PUENTES DE ACERO.

III

ENTRE CORDOBA Y SEVILLA
HAY UNA ESTACION CHIQUITA DONDE, SIN RAZONES APARENTES,
EL SUD-EXPRESS SE DETIENE SIEMPRE.
EN VANO EL VIAJERO ABRE LOS OJOS BUSCANDO UN PUEBLO
DETRAS DE LA GARITA DORMIDA BAJO LOS EUCALIPTOS:
SOLO SE VE LA CAMPIÑA ANDALUZA—VERDE Y DORADA.
PERO, AL OTRO LADO DE LA VIA,
HAY UNA CHOZA HECHA DE BARRO Y DE RAMAS ENNEGRECIDAS;
Y, AL RUMOR DEL TREN, SALE UNA CHIQUILLERIA ANDRAJOSA.
LOS PRECEDE LA HERMANA MAYOR QUE SE ADELANTA AL ANDEN
Y, SIN DECIR PALABRA, PERO SONRIENDO,
DANZA PARA RECOGER ALGUNAS MONEDAS.
SUS PIES EN EL POLVO, RENEGRIDOS SE VEN;
SU ROSTRO, OBSCURO Y SUCIO, CARECE DE HERMOSURA.
DANZA, Y POR LOS AGUJEROS DE SU FALDA COLOR DE CENIZA,
SE VEN AGITARSE, DESNUDOS, SUS MUSLOS FLACOS
Y GIRAR SU PEQUEÑO VIENTRE AMARILLO.
Y CADA VEZ QUE ESTO SUCEDE, ALGUNOS SEÑORES BURLESCOS SE DELEI-
[TAN
ENTRE EL AROMA DE SUS CIGARROS EN EL VAGON-RESTAURANT.

Post-Scriptum

¡OH, DIOS MIO! ¡NO SERA POSIBLE
QUE YO CONOZCA A AQUELLA DULCE MUJER LEJANA DE LA PEQUEÑA
[RUSIA
Y A ESAS DOS AMIGAS DE ROTTERDAM
Y A LA ADOLESCENTE MENDIGA DE ANDALUCIA
Y QUE ME AMARRE A ELLAS
CON INDISOLUBLE AMISTAD?
(ELLAS NO LEERAN ESTOS POEMAS,
NO CONOCERAN MI NOMBRE NI LA TERNURA DE MI CORAZON
Y, SIN EMBARGO, EXISTEN, VIVEN TODAVIA!)
¡NO SERA POSIBLE QUE ME SEA DADA LA ALEGRIA
DE CONOCERLAS?
¡NO SE POR QUÉ, DIOS MIO, ME PARECE QUE CON ELLAS CUATRO
YO PODRIA CONQUISTAR EL MUNDO!

V A L E R Y L A R B A U D

(Versión para "Claridad" de S. Atria).

RUSIA

Para comprender el fenómeno ruso, hay que acercarse a él libre de todo preconcepto doctrinario. Hay que considerarlo no tanto como suceso político, sino más bien como acontecimiento humano, ya que lo político es sólo una expresión de esas fuerzas vitales y psicológicas que actúan en los hombres.

El origen de la revolución rusa — y de lo que está ocurriendo después — está más allá de las causas económicas y sociales: yace en la capacidad creadora del pueblo ruso, en su sentido trágico y sacrificial de la vida, en la exuberancia de su vitalidad. Recordemos aquella página profética en que Nietzsche predijo los acontecimientos de Rusia. "Hay allí, dijo, "muchas voluntades acumuladas". Estas palabras sonaron a hueco en una época en que estaba de moda hablar de la resignación rusa, la cual ha resultado una apariencia engañosa. Los pueblos muy energéticos suelen ocultar sus fuerzas bajo una apariencia resignada y fatalista, que les permite desdenar los estímulos fáciles. Pero al ser exigidos a fondo, demuestran esa forma terrible de la vitalidad, que consiste en reaccionar ante el dolor, en forma creadora.

Desde el siglo pasado, todos los rusos grandes presentían el destino de su patria. Sentían en carne propia ese bullir de fuerzas encontradas, que preludia las épocas intensas. ¿Qué otra cosa significa esa fe encendida con que hablaban de la misión de la Santa Madre Rusia? En cambio, Ivan Karamazof comparaba a Europa con un cementerio de recuerdos ilustres: con el cementerio de la decadencia europea, frente a la juventud y bárbara exuberancia de los rusos.

El pueblo que dió a la novela su más alta expresión y que, a pesar de enfrentarse con la formidable tradición europea, ha podido ser original en las demás artes, era el único con la vitalidad suficiente para hacer el ensayo de una nueva forma social. Y lo más interesante es, que esta nueva estructura social, al dignificar al proletario, le ha permitido acrecentar fuertemente su originalidad creadora.

Todas las expresiones rusas de estos últimos años — tanto artísticas como políticas y económicas — llevan más que nunca el sello de lo espontáneo y lo original. La nueva literatura rusa es de un valor indiscutible. La novela, en especial, es tan novedosa y tiene tal vividez humana que, a su lado, la producción de los otros países parece bien poco interesante. La arquitectura — forma de expresión artística, en la que los rusos habían demostrado escasa originalidad — ha logrado de golpe un estilo propio. Las fotografías nos han permitido conocer realizaciones arquitectónicas muy bellas, en las cuales la audacia y la delicadeza, se funden en una síntesis muy bien lograda. La censura ha impedido al público de nuestro país conocer al cine ruso en su totalidad. Sin embargo, ateniéndonos sólo a las películas que se han pasado en Chile, podemos ver que los críticos europeos no exageran, cuando aseguran que el cine ruso es el primero del mundo. Aun una cinta mediocre y anticuada como "El Domingo Negro", estrenada hace poco en Santiago, es incomparablemente superior a las puerilidades que nos envían de otros países.

El mismo Plan Quinquenal puede considerarse como una realización colectiva, en la que lo poético tiene, por lo menos, tanta importancia como lo económico. Es un mag-

(Concluye en la pág. 6)

Los damascos de Jim Allen

Este editorial fué escrito por Elsie Róbinson, en su sección "Listen World", en el "News Telegram". Por lo que a un resultado práctico se refiere, no hay diferencias entre Jim Allen, cosechando damascos y vendiéndolos a cualquier precio y los comunistas de Rusia, produciendo más trigo y enviándolo a mercados ya sobresaturados con este cereal. Esta es una competencia desastrosa, ya sea hecha por un individuo o colectivamente por una nación. El productor no gana en ningún caso.

No tememos a las nuevas ideas que nos puedan venir de Rusia. Nos produce mucho más temor el hallarnos demasiado sujetos a ideas anticuadas. Todo el mundo comprende que hemos llegado a una época de sobreproducción, con abundancia de mercaderías y de oro y con un gran porcentaje de trabajadores que no pueden comprar. La industria frutícola está sufriendo como las otras, aunque menos que muchas.

Hay medios y sistemas para buscar una mejor solución a los problemas, que los que tenemos en la actualidad. O si no, seguiremos arrastrándonos hasta que las cosas lleguen al colmo y así en pocos años, volveremos a caer en el mismo estado.

Los árboles de Jim Allen amarillean con damascos. Así también está la tierra, por debajo de ellos... grandes, dorados montones de fruta que se está pudriendo.

Da pena ver que fruta buena, como esa, se desperdicia. Esto también apena a Jim; pero nada puede hacer por ella. No se gana nada con recogerla. No se sacaría un centavo. En todo Estados Unidos la fruta se está pudriendo. Y en todo el país hay niños raquíticos, mal alimentados, que nunca consiguen saborear un poquito de fruta fresca.

¡Terrible! pero no le echemos la culpa a "la depresión". Esto nos ha sucedido durante años. Y cada año, la situación se empeora. Cada vez se pudre más fruta en los árboles; se echan a perder más verduras en la tierra; se derrama más leche en los ríos; sobran más mercaderías, que se amontonan en las bodegas. ¿Por qué?

Los rusos creen saber la causa. Dicen que sucede esto porque no tenemos un plan... porque cada hombre cosecha o hace lo que quiere, sin tener un plan... y desde que todo se hace con capital privado, el Gobierno no podría llevar a cabo un plan, aún cuando tuviera alguno.

Hay un librito llamado "Libro Primero de la Nueva Rusia", escrito para escolares de doce a catorce años, por el señor M. Ilin. En él se cuenta a los escolares rusos el derroche yanqui. Se habla de damascos que se pudren, de hacendados que queman maíz en vez de carbón y de papas que se echan a perder en la tierra, mientras los niños sufren hambre.

Cuenta una fábula sobre los sombreros, para ilustrar nuestro sistema yanqui de hacer las cosas... acerca de cómo el señor Fox, y el señor Box, y el señor Nox y el señor Crox, decidieron todos hacer sombreros. Y de cómo se lanzaron a hacerlos, aturdidamente, temerariamente, sin un plan, hasta que las tiendas y las fábricas se ahogaron con sombreros y nadie compró ninguno más. Entonces, naturalmente, las fábricas se cerraron, se enmohecieron las máquinas, se echó a miles de hombres de su trabajo, sus hijos sufrieron hambre y los señores Fox, Box, Nox y Crox quebraron. Hasta que poco después, gastados los viejos sombreros, se necesitaron otros nuevos; se construyeron fábricas nuevas y todo el cándido y vicioso círculo de despilfarro empezó otra vez.

Esto —dicen los rusos— es la resultante del capital privado movido sin un plan. "I todo esto —niños— podría ser evitado si las gentes trabajaran unidas; si se suprimiera el capital privado; si se tuviera un gobierno central y un plan como nuestro Plan Quinquenal".

Cuando Ud. lee esa fábula sobre los sombreros, se siente muy molesto. Tendrá que admitir que eso es verdad; pero no lo admitirá de buen grado. Le molestará soberanamente que los rusos estén dando a sus niños semejantes informaciones sobre Estados Unidos. Se molestará más aún cuando vea que citan a uno de nuestros principales escritores, para apoyar su caso: Stuart Chase, en su "Tragedia del Derroche".

Ud. leerá que "en 1920, miles de galones de leche fueron echados a los ríos y esteros del Sur de Illinois", que "en Octubre de 1921 se colocaron letreros a lo largo de los caminos, en los Estados del medio Oeste, recomendando a los hacendados quemar maíz en vez de carbón".

Seguirá y seguirá leyendo. Cada palabra irá aumentando más y más su molestia. Finalmente, Ud. se dirá: "¡Bah! Todas estas no son más que habladurías. En Estados Unidos todo está bien. Nada se puede tachar a la manera que aquí tenemos para hacer las cosas. No se debería dejar que esos rusos o esos necios escritores hablaran así de Estados Unidos".

En seguida, Ud. con impaciencia, botará lejos el libro y saldrá afuera. Y afuera, ¿qué verá Ud.?

Verá los damascos de Jim Allen, que se están pudriendo en los árboles...

Y entonces, ¿qué dirá Ud.?

Versión de María Marchant R.

LA HUELGA

Capítulo inédito de la novela de Baldomero Lillo

Baldomero Lillo, concibió la idea de escribir una novela sobre la pampa salitrera, a raíz de la masacre de obreros realizada en Iquique, por un general de ingrato recuerdo.

Dos años más tarde, pudo hacer un viaje al norte y conocer la región del salitre. Supo allí espantosos detalles acerca de la matanza, reunió un vasto vocabulario, y acumuló datos relativos a las faenas y a la vida pampina.

Sus observaciones las dió a conocer en una sesión del Ateneo de Santiago.

Más tarde inició la redacción de su soñada novela, que debió llamarse LA HUELGA, y que esperaba terminar a fines de mil novecientos doce. Su enfermizo temperamento le impidió llevar a buen término su gran proyecto. Apenas logró dejar un par de capítulos. Durante diez años los estuvo haciendo y rehaciendo, sin que lo contentaran jamás. Los abandonaba, desalentado, por el escaso conocimiento que creía tener de la pampa, pero un secreto anhelo, cuando la salud lo favorecía, hacía retornar a sus queridos papeles.

El presente capítulo da una idea general de la pampa y de algunos personajes principales. En el siguiente, se describe la faena con viva minuciosidad.

LA CALICHERA

De pie, apoyado en el mango de la pala, Luis Olave contempla el torso desnudo de su compañero. Bajo la cobriza piel, impregnada de sudor y de polvo, dibújanse los salientes omóplatos y las vértebras de la espina dorsal.

El vigor de los delgados brazos, que voltean en el aire, cual si fuese un juguete, el martillo de veinticinco libras, lo llena de asombro. Desde el amanecer, cinco largas horas han transcurrido, durante las cuales sólo a breves intervalos el calichero ha interrumpido su labor. Olave lo ha secundado empeñosamente, para demostrar que aunque novicio, el trabajo no lo amilana. Sin embargo, ha necesitado de todas sus fuerzas y del agujón de la vanidad, para no declararse vencido.

A medida que el sol se levanta en el horizonte, sus rayos son cada vez más ar-

dientes. Del suelo revuelto y calcinado del páramo, sube un hálito de fuego. El calor abrasa la piel y reseca las fauces y, como el esfuerzo muscular determina una transpiración excesiva, la necesidad de beber es imperiosa. A cada momento el jarro de hojalata, retirado de su abrigo debajo de una costra, es aplicado a los labios sedientos. A pesar de la precaución de mantener el tiesto dentro de una media de lana humedecida, el agua está tibia, a lo que se añade un marcado sabor aceitoso. La sed se aplaca solo momentáneamente y luego retorna rabiosa, inextinguible, torturadora.

Mozo de veintitrés años, de constitución atlética, Olave, llegó del Sur la víspera con un numeroso grupo de enganchados para las salitreras del interior. En el trayecto hizo conocimiento con algunos obreros de la Oficina, que venían de regreso del Puer-

(Pasa a la pág. 6)

panorama europeo

El asunto de las deudas y reparaciones de guerra continúa siendo un punto central en que chocan los intereses de las grandes potencias. El Comité Consultivo del Banco Internacional de Reparaciones, compuesto por técnicos financieros de los principales países deudores y acreedores, acaba de aprobar un informe en el que establece la necesidad de ajustarse a la actual situación económica del mundo. El plan Young está calculado en una época muy diversa y sus estipulaciones no pueden cumplirse en las presentes condiciones. La moratoria Hoover ha sido sólo un alivio pasajero, y Alemania no podrá reanudar sus pagos en Julio del año próximo. No se logrará el resurgimiento de la economía mundial mientras no se haga un reajuste de las reparaciones y deudas de guerra. Estos son, en síntesis, los acuerdos principales del informe. En cierto modo, representan la oposición europea frente a Estados Unidos, el acreedor común de vencedores y vencidos en la última gran guerra. Los financieros y gobernantes de Europa no disimulan sus escasos deseos de pagar las deudas de guerra al acreedor norteamericano, y el informe que comentamos viene a robustecer su posición con la autoridad de los técnicos financieros. Si Alemania no puede seguir pagando las reparaciones, es evidente que Francia, Inglaterra y demás países vencedores, no pueden tampoco pagar a Estados Unidos las deudas de guerra. Mientras tanto, y casi simultáneamente con las sesiones del Comité Consultivo, el Congreso norteamericano ha afirmado con más claridad que nunca su posición de aislamiento anti-europeo. Se aprobó la moratoria de un año concedida por el Presidente Hoover con la declaración expresa de que no se aceptarán nuevos aplazamientos ni rebaja alguna en las deudas de guerra. Algunos congresales han criticado a Hoover con acritud por haber procedido inconstitucionalmente y, sobre todo, por haber perjudicado a los norteamericanos en la suma de doscientos cincuenta millones de dólares, que es lo que significa en dinero la moratoria.

Además del interés inmediato que tienen los capitalistas yankees en que se sigan cobrando las deudas de guerra, hay, se nos ocurre, otro móvil que determina la intransigencia del Congreso. Cualquiera facilidad que se conceda a las potencias deudoras permitiría a éstas intensificar la sorda lucha que mantienen con EE. UU. por la

posesión del mercado mundial. El Senador republicano por Nueva York, Mr. Bernard MacFadden, ha expresado esto mismo de manera muy explícita al declarar que "Gran Bretaña y otros países europeos se esforzaban por aprovecharse de la situación presente para mejorar su comercio mundial, especialmente en la América del Sur".

La próxima Conferencia Internacional de Reparaciones, si es que se realiza, será un choque a fondo de intereses divergentes. Y, de seguro, esta lucha de egoismos antagónicos no producirá ningún alivio apreciable en la obscura situación del mundo.

Junto con aumentar las dificultades económicas alemanas, aumenta también la fuerza política del fascismo. Hitler ha asegurado que ten-

drá el poder antes de tres meses y resulta difícil decir si está o no equivocado. Pero es muy sugestivo que Rusia mantenga conversaciones con Francia y Polonia, a fin de firmar pactos de no agresión con ambos países. Este inesperado acercamiento ruso hacia dos naciones fundamentalmente enemigas, es, con seguridad, una maniobra diplomática para hacer notar a Alemania que el triunfo del fascismo le haría perder la ayuda de Rusia. Y no sólo esto, sino que el Gobierno proletario está dispuesto a pactar con los enemigos de Alemania, los cuales, a su vez, no vacilan en aceptar la desagradable amistad rusa ante el peligroso resurgimiento del nacionalismo alemán.

S. U. C.



continuación de LA HUELGA por B. Lillo

to y decidió quedarse con ellos en ese punto. En la tarde del mismo día, en la fonda, sus amigos lo presentaron a un particular que necesitaba un compañero. El trato quedó hecho en seguida, con una facilidad y llaneza que le encantó. Su camarada lo llevó ante el fondista, quien se comprometió a darle alojamiento y comida por una suma que, al mozo acostumbrado a la vida del Sur, le pareció enorme. Conforme a lo convenido, a las cuatro de la mañana, Olave, salía de su alojamiento y no había dado una decena de pasos, cuando divisó al calichero que venía en su busca.

—Buenos días, compañero— fué el cordial saludo que ambos cambiaron al reconocerse.

Por todas partes se veían grupos de obreros que se dirigían a sus labores. Aunque

el sol no había salido, las luces del alba eran suficientes para apreciar en todos sus detalles el panorama de la región. Por el Oriente los contrafuertes de la cordillera destacaban sus masas oscuras en la claridad naciente del día, y por el Norte, Sur y Oeste, extendiéase hasta el confín del horizonte, ligeramente brumoso, un llano ondulado por pequeñas colinas de un tinte gris y cruzado en todas direcciones por raya blanquecinas.

En la dilatada extensión, se destacaban las construcciones de varias Oficinas. De las más cercanas se distinguían las siluetas de los aparatos elaboradores, los edificios de la Administración y los campamentos. Y, por sobre todo esto, veíase la alta chimenea de la casa de máquinas, empenachada de humo.

Olave y su camarada, seguían un angosto sendero que bordeaba profundas zanjas, montones de costra, agujeros y excavaciones innumerables. A derecha e izquierda, delante y detrás, el suelo, hasta donde alcanzaba la vista, estaba acerillado de grietas. La tierra aparecía revuelta y removida en tal forma, y tan profundamente, como si un arado gigantesco la hubiese roto en todas direcciones. Y en esta superficie semejante a la de un mar tempestuoso, súbitamente petrificado, todo estaba muerto: la vista más penetrante no podía distinguir ni un ave, ni un insecto, ni la más insignificante brizna de yerba, ni el más leve signo de vegetación.

Para Olave, acostumbrado a los verdes campos del Sur, el aspecto del paisaje nada tenía de atrayente. La naturaleza sal-

vaje y hostil del desierto, comenzaba a pesar en su ánimo. Una sensación, mezcla de desaliento, de tristeza y de soledad, reemplazaba sus entusiasmos de la víspera.

Su camarada, que había caminado hasta entonces silencioso a su lado y que lo observaba, de cuando en cuando, a hurtadillas, le dijo de pronto:

—Compañero, parece que no le gusta la pampa.

Olave, sacado bruscamente de sus reflexiones, titubeó un instante en responder:

—Sí, la verdad—dijo—me gusta poco.

—A todos los que llegan del Sur les pasa lo mismo. Algunos se vuelven, pero los más se quedan y se acostumbran tanto que ya no pueden trabajar en otra parte.

—Yo no puedo decir si me quedaré o no. Me enganché porque tenía ganas de conocer el Norte. ¡Tanto se habla por allá que aquí se gana la plata a puñados!

El calichero sonrió.

—Bah! Los agentes del enganche prometen este mundo y el otro, pero no resultan las cosas como ellos las pintan. Es cierto que se gana más, pero también es cierto que se gasta más y se trabaja más.

Ascendían en ese momento una pequeña colina. Una vez en lo alto, el obrero, sin detenerse, señaló con la diestra delante de él:

—Allí está la calichera.

Olave clavó la vista en el punto indicado y distinguió un enorme y confuso montón de costras.

—La troné yo mismo hace dos meses —continuó su acompañante.— El caliche es buena ley, pero ahora la veta se está

RUSIA

(Continuación)

no poema industrial, como no lo hubiera imaginado mejor el viejo Whitman, pero tallado en la carne viva de la realidad.

Sin exagerar, puede decirse que, hoy por hoy, no hay en la tierra ningún pueblo que iguale al ruso en originalidad y facilidad creadora. Sus triunfos y sus derrotas; sus aciertos y sus errores; toda su vida, en fin, ha llegado a tener un significado mundial. Y los pueblos, al igual que los hombres, no pueden aspirar a nada superior que esto: trascender sus limitaciones para llegar a simbolizar una gran esperanza humana.

SANTIAGO URETA

adelgazando mucho. Luego vamos a tener que tronar otra.

Algunos minutos más transcurrieron y por fin se encontraron en el sitio señalado. Este era una excavación de más de tres metros de ancho por doce o catorce de largo y de una profundidad media de un metro cincuenta centímetros. Cerca de un extremo había un espacio despejado: era la cancha para limpiar y triturar el caliche.

Mientras Olave, sentado al borde de la zanja contemplaba el desolado paisaje, el calichero se ocupaba en extraer de sus escondrijos, las herramientas: martillos, baretas y palas que iba depositando en la cancha.

Cuando hubo terminado, fué a sentarse junto al mozo y empezó a darle algunas explicaciones sobre el trabajo que iban a ejecutar. En breves frases le detalló los diversos procedimientos para extraer y limpiar el caliche y dejarlo listo en el acopio para su acarreo a las máquinas chancadoras.

—Esto es muy fácil, compañero— concluyó— y Ud. que acaba de llegar, en una semana sabrá tanto como yo, que estoy en la pampa no sé cuántos años.

Olave, comenzó la tarea con gran empeño. El aire fresco del amanecer estimulaba sus energías. Vestía como su camarada una holgada blusa de género blanco y pantalones diablo-fuerte. De regular estatura, bien conformado, todo denotaba en él salud y fuerza. Su agraciado y moreno rostro y sus pardos ojos, de mirada franca y leal, predisponían desde luego en su favor. En cambio su compañero, seco y anguloso, de semblante duro, de ojos pequeños y vivaces, era a primera vista poco simpático. Pero muy pronto esta mala impresión desaparecía ante sus calmosos modales y la seriedad y medida de todos sus actos. Por su aspecto, parecía haber pasado de los cincuenta años. Sin embargo, no había cumplido aún los cuarenta. El clima, el trabajo y el alcohol lo habían envejecido prematuramente.

La operación de triturar el caliche sólo requiere fuerza de puños. Olave, con ayuda de un grueso martillo de diez o doce libras de peso, comenzó con gran empeño la tarea. Había que romper los trozos de mineral en menudos pedazos para ser fácilmente, manejados por la pala, con la cual eran lanzados al acopio, en el que había ya algunas carretadas.

El trabajo que se había reservado su camarada, era más complicado y requería cierta práctica, pues, gran parte del mineral estaba adherido a la costra y había que separarlo empleando ya el combo o la dinamita. Sirviéndose de la baretta como palanca, el calichero volteaba los enormes trozos de costra hasta dejarlos en postura conveniente. Luego tomaba un martillo y comenzaba a desprender el caliche. Según la adherencia fuese más o menos tenaz, empleaba el martillo conveniente hasta llegar al de veinticinco libras, el más grande de todos. Cuando el combo no daba resultados, se apelaba a la dinamita para dividir los trozos demasiado grandes.

Para dolores de cabeza
Use "ALIVIOL"

Los hijos ante la legislación soviética

En la legislación soviética, la filiación de hecho es reconocida como base de la familia. No hay ninguna diferencia entre el parentesco fuera del matrimonio y el parentesco que nace del matrimonio. Así dice el artículo 25 del Código Ruso actual que rige las instituciones familiares, basadas, en esta legislación, en el reconocimiento de los hechos naturales con desprecio de los prejuicios y los dogmas que durante siglos fueron el fundamento de las leyes matrimoniales.

Los hijos nacidos de padres no casados tienen los mismos derechos que los nacidos de matrimonio registrado.

Si comparamos esta disposición con las de nuestra legislación que hace distingos ridículos entre hijos legítimos, naturales, simplemente ilegítimos y de dañado ayuntamiento con una gradación de privilegios que termina con los sin padre de las dos últimas clasificaciones, llegaremos a la necesaria conclusión de que nada está más perfectamente desorganizado en la sociedad actual que la institución familiar.

Así, nuestra ley basada en la moral cristiana permite la existencia de una población ilegítima que en algunas provincias llega al 50 por ciento y que en las grandes ciudades es la justificación de los asilos, orfelinatos, etc., que sirven para el ejercicio de las virtudes caritativas de nuestra admirable sociedad.

En cambio, la ley soviética dictada por ese pueblo que los buenos burgueses consideran el azote de Dios, ha borrado estas feticias distinciones y no permite el absurdo de que pueda nacer un hijo sin padre.

La mujer soltera que se encuentra preñada puede hacer, tres meses antes del alumbramiento, una declaración que indique el padre del hijo que está por nacer, la que se pone en conocimiento del afectado por el término de quince días. Si al cabo de este tiempo nada expresa, se le tendrá por padre y si formulare cuestión se tratará ante el Tribunal el correspondiente juicio, hasta hacer la declaración de paternidad y establecer la contribución del padre para los

gastos de la preñez, el parto, nacimiento y mantenimiento posterior del niño.

Si el Tribunal constata que durante la época en que se presume la concepción, la mujer hubiere tenido relaciones sexuales con varios individuos, resuelve entre ellos cuál debe tenerse por padre y en consecuencia sobre llevar los cargos que impone la crianza del hijo y cuidados de la madre.

La mujer casada puede declarar también la paternidad del hijo que no es de su marido.

A la moral familiar de los pueblos civilizados y cristianos, como el nuestro, que se basa en la mentira, en el privilegio, en el prejuicio, en el sacrosanto respeto al matrimonio y en el desprecio del niño, oponen los bárbaros del Oriente una moral más conforme con las leyes de la naturaleza y más humana. Aseguran éstos la vida del niño en la familia natural imponiendo siempre al hombre que lo engendró la obligación de mantenerlo.

No hace al caso estudiar en detalle en este artículo cada una de las disposiciones que rigen las relaciones entre hijos y padres: importa, sobre todo subrayar aquellas que traducen más fielmente los fundamentos de la nueva legislación soviética. Así, por ejemplo, el artículo 33, establece que los derechos del padre y de la madre se ejercen exclusivamente en interés de los hijos y más adelante se consignan las obligaciones parentales respecto a su crianza y educación, mientras los hijos no queden sujetos al cuidado de la sociedad o del Estado.

Los padres no tienen en la ley rusa, derecho alguno sobre los bienes del hijo ni éste sobre los de aquellos, pero ambos se deben alimento en caso de necesidad o incapacidad.

Hemos realizado los preceptos más característicos de la legislación rusa sobre filiación y estamos ciertos que ellos revelan el nacimiento de una nueva concepción de la vida familiar acorde con las leyes de la naturaleza y con la nueva organización económica de la sociedad.

JORGE JILES.

CRONICA OBRERA

LA CONFEDERACION GENERAL DE TRABAJADORES

La C. G. T. nació a la vida en la convención que los gremios autónomos efectuaron los días 31 de Octubre, 1.º y 2 de Noviembre del presente año. Tiene pues, apenas dos meses de existencia.

Esta extremada juventud de la Confederación no ha sido óbice, sin embargo, para que haya salido airosa de las dos pruebas a que ha sido sometida por medio de dos de sus mejores gremios: estucadores y laboradores de maderas, los que habiendo declarado huelgas por aumentos de salarios y reducción de la jornada de trabajo han triunfado ampliamente sobre el Gobierno patrón, obteniendo los respectivos aumentos más la gran conquista de las seis horas, hecho este último que abre la primera brecha para la generalización y aun para la totalización de las seis horas como jornada máxima de trabajo.

Claro está que estas primeras conquistas, aun cuando sean precursoras de futuros y

mejores triunfos, no deben sino justificarse en lo que exactamente valen, algo así como pequeñas partículas que se arrancan al edificio ya carcomido del capitalismo. Porque, más allá de estos triunfos positivos y efímeros, la C. G. T. tiene aún mucho que conquistar, un enorme y difícil camino que recorrer y para ello tiene todavía que robustecerse, afincarse con raíces profundas en los sentimientos proletarios siendo la fiel intérprete de sus dolores y ansias de liberación.

Y esto lo que yo estimo como la labor madre que debe realizar la C. G. T.

Las antiguas centrales obreras, despreciadas y en decadencia, no pueden ya captar para sí los nuevos cuadros revolucionarios obreros que se gestan y forman en los diversos centros de población del país. Por estas mismas causales y por lógica consecuencia de ellas, no pueden, tam-

(Pasa a la pág. 8)

